

ARTÍCULO DOCUMENTAL

► **29 DE JUNIO, HONOMÁSTICO DE HUGO RENÉ MERCADO. MIS PRIMEROS ENCUENTROS CON LA CIRUGÍA VASCULAR.**

AUTOR:

DR. HUGO SAID ALUME

Correspondencia: [hugosalume@gmail.com](mailto:hugosalume@gmail.com)

En un reencuentro telefónico con el Dr. Miguel Ángel Lucas, inestimable amigo y responsable de mi orientación hacia la cirugía, concretado en una entrevista con el Dr. Hugo René Mercado y propiciado por él, éste me permitió ingresar al Hospital Militar Central “Dr. Cosme Argerich” para iniciar la residencia quirúrgica que marcó mi vida.

En esa charla, llena de vivencias, surgió el relato de una aventura quirúrgica con el Dr. Mercado, cuyo espíritu inquieto le generaba situaciones y acontecimientos especiales, en su búsqueda constante.

Compartíamos, en su domicilio, algunos proyectos que quería desarrollar y por los que me había convocado. Era un domingo especial. Los azules (Gral. Juan Carlos Ongranía) y los colorados (Gral. Federico Toranzo Montero) dirimían un conflicto que involucraba el destino de la Nación. Corría el año 1963 y los colorados, acantonados en el Parque Chacabuco, habían recibido el *ultimátum* y la amenaza de ser bombardeados. Hubo varios enfrentamientos con muertos y heridos en distintos lugares. Las radios propalaban la advertencia de permanecer en los domicilios y evitar deambular por las ca-

llas de Buenos Aires. En un momento, el Dr. Mercado me pidió que lo acompañara hasta Haedo, donde dirigía la Clínica Reconquistita, lugar donde llevaba a cabo su actividad privada. Yo le advertí sobre las recomendaciones y su respuesta fue: “*vamos pibe, no te achiques*” y hacia allá marchamos en su Fiat 1100. Mientras transitábamos la Avda. Rivadavia en dirección a Liniers, vimos un Jeep del ejército del que sobresalía una pierna y un pie con borceguíes. Rápidamente, el Dr. Mercado aproximó su coche y, por su condición de médico militar, fue inmediatamente reconocido por el enfermero, a quien le manifestó que se haría cargo del paciente, ordenándole que lo transfiriera a su vehículo. El soldado presentaba una herida en el hueco poplíteo de la pierna derecha, provocada por una esquirla de granada y se le había aplicado un torniquete. Mientras el Dr. Mercado aceleraba su coche y justificaba el motivo de su viaje a Haedo, en un momento tan especial, yo me acomodé con el soldadito en mi regazo, conteniéndolo. No había posibilidad de comunicación previa y llegamos a una desolada clínica. Rápidamente, se pusieron a su disposición los recursos y la gente, movilizando y convocan-

**N. de R.:** El Dr. Alume es Profesor Titular de Cirugía Oncológica de la Universidad Católica Argentina, Destacado profesional y Honorable Docente Fundador de la Escuela de Medicina de la Universidad del Salvador.

do. Una orden perentoria me estremeció: *“¡Pibe, tenés que hacer la anestesia!”*. Con los acontecimientos posteriores, diríamos que se trataba de “obediencia debida”.

Para ubicarnos en el contexto, debo aclarar que el anestesista del Dr. Mercado era el cabo enfermero Arce y, en el Hospital Militar Central donde cumplía mi residencia, la anestesista de urgencia era la Hermana Estela, una monja del hospital. A partir de ese año, se incorporan los anestesiólogos de guardia en el hospital.

Por esas circunstancias premonitorias, en la semana había llegado a mis manos un artículo en el Día Médico firmado por B. B. Lucas, de Londres, referido a “Métodos de Anestesia General para Médicos Prácticos”. Este artículo, en síntesis, detallaba lo siguiente: *“La inducción se realiza inyectando una solución de 1gr de pentotal diluida en 20 cm<sup>3</sup> de suero. Aplicar aproximadamente 400 mg y reservar el resto para mantener la anestesia. Utilizar succinilcolina como relajante muscular, para realizar la intubación endotraqueal y luego proseguir con Flaxedil.”* La oxigenación era manual con la bolsa anestésica y la analgesia se continuaba con demerol y el resto de pentotal y óxido nitroso, si había disponibilidad. Para despertarlo, se utilizaba el prostigmin, para neutralizar el efecto muscarínico de la atropina.

Mi mente y mis sentidos estaban abocados al paciente, mientras el Dr. Mercado, le reconstruía la arteria poplítea lesionada, con

vena safena del propio enfermo. Los tiempos fueron interminables. Administraba el pentotal restante con avaricia. El demerol goteaba permanente y utilizaba el Flaxedil para mantenerlo quieto, mientras bolseaba rítmicamente la provisión de oxígeno. El resto, controles permanentes y plegarias. La operación culminó exitosamente y el enfermo despertó pausadamente atenuando mi inquietud. El soldadito Araújo, correntino, salvó su pierna y su vida. Luego fue trasladado al Hospital Militar, donde culminó su evolución. El Dr. Mercado fue convocado por el Gral. Ratembach, Ministro de Guerra, para felicitarlo. Creo que le llamó la atención por un botón desprendido de su chaqueta.

A pedido de mi querido amigo Miguel Ángel, reconstruyo este episodio, que pinta el alma, el espíritu y la pasión del Dr. Mercado quien, con su equipo (Bianchi Donaire, Hasan Yasin Santin, Miguel Ángel Lucas) y luego una serie de profesionales que se fueron acercando, generó un movimiento que commocionó la cirugía vascular en el Hospital Militar Central y que trascendió por su envergadura más allá del ámbito del hospital. Esta recordación es un homenaje a ese médico, cuyo esfuerzo y dedicación superó los límites razonables, en una entrega abnegada y sacrificada que comprometió su vida y su entorno y lo arrastró a un trabajo febril y apasionado.